

agitación de los manifestantes, sino también por las medidas gubernamentales para contener la crisis.

Todo concurría a dar a París el aspecto de una ciudad rebelde, y las pulsaciones de su vasto organismo de trabajo se iban paralizando, acercándose cada vez más a la paralización total.

#### CAPITULO IV

¡Háganse las tinieblas!

¿Qué harían los obreros del gas? ¿Y los de la electricidad?

Respecto de los electricistas, no había duda, ya estaban probados. Se podía contar con que participarían del movimiento.

El gobierno tenía de ello la seguridad; pero estaba tranquilo porque pensaba poner remedio. Las huelgas bruscas de 1907 y 1908 le habían hecho previsor. Aquellas privaciones instantáneas de luz que entonces se produjeron emocionaron profundamente la población; aquellas extinciones de electricidad que ocurrieron sin que ningún síntoma las anunciara, desconcertaban la opinión pública, influyendo en ella desagradablemente, dando a la multitud la sensación de un derrumbamiento del poder.

Por esa causa, las autoridades habían tomado serias precauciones para evitar la reproduc-

ción. Después de la falta de luz de 1908 decidieron doblar los servicios de obreros electricistas por servicios de electricistas militares que se hallarían siempre dispuestos a dirigirse a una fábrica y suplantar a los huelguistas. Se habían movilizado destacamentos de ingenieros y se les había impuesto una estancia de aprendizaje en las diferentes fábricas, especialmente en el sector del Mercado central.

De ese modo el gobierno tenía a su disposición un personal militar no completamente inexperto, que conocía ya el manejo de los aparatos, y apto, así lo esperaba, aleccionado por los ingenieros, los jefes de servicio y los contramaestres, para suplir medianamente al personal habitual, si éste llegara a faltar un día.

Además, la misión de tales soldados-electricistas no se limitaría a ocupar la plaza de los huelguistas; tenían también el encargo de expulsar a los obreros de las fábricas, recurriendo al empleo de las armas en caso necesario, a los primeros síntomas de huelga.

Esas precauciones preventivas fueron inmediatamente adoptadas. Las diversas fábricas de producción de energía eléctrica fueron ocupadas por soldados del cuerpo de ingenieros. Por esta parte, confiando en las medidas adoptadas, el poder estaba tranquilo.

Aparte de que no se manifestaba la menor efervescencia, el menor presagio de huelga. Las órdenes de los jefes se ejecutaban inmediatamente y con la acostumbrada buena voluntad. Parecía que los obreros electricistas ignoraban los graves acontecimientos que acababan de sacudir con tanta violencia la inercia proletaria.

El gobierno estaba mucho más seguro respecto de los obreros de las fábricas de gas. Dado su pasado sindical, estos obreros no eran temibles; se les consideraba incapaces de un acto de energía: durante años y años, toda su acción sindical había consistido en leves intentos y en solicitudes dirigidas a las autoridades; el respeto a la legalidad parecía haberles momificado en actitudes de sumisión. Por eso, era tan segura la confianza del gobierno, que sin descuidar respecto de los gasistas algunas medidas de precaución, las tomadas no tenían nada de excesivas.

El día transcurrió sin incidentes.

Al anochecer París se iluminó como de costumbre. El alumbrado de los aparatos eléctricos se efectuó sin dificultad, lo mismo que los del gas.

La luz brillaba normalmente, sin oscilacio-

nes ni sobresaltos. No se notaba el más mínimo defecto.

En los grandes bulevares, las lunas eléctricas iluminaban con su blanquecina luz las sonrisas burlonas de los burgueses, dispuestos a tomar a broma la bravura de aquellos terribles electricistas que permanecían prudentes... En las redacciones de los diarios de orden, las plumas se envenenaban confeccionando los artículos que habían de anunciar al día siguiente que los obreros electricistas no se habían movido gracias a las hábiles e inteligentes medidas ministeriales.

A las diez de la noche, cuando la confianza era plenísima, faltó el fluído eléctrico, y todo París quedó sumido en las tinieblas. La extinción fué completa e instantánea.

La desilusión fué tremenda, agravada aún por la confianza antes sentida. Las sonrisas permanecieron fijas en los rostros helados por el espanto, convertidas en feas y ridículas muecas de terror.

Los comerciantes y los industriales, habituados a este inconveniente por las precedentes huelgas, habían tenido la prudencia de conservar un alumbrado mixto, sirviéndose del gas, del acetileno y aun del petróleo, y recurrieron a su alumbrado de previsión.

Pero el gas también dió chasco: los mecheros

se ennegrecían poco a poco, las grandes coronas de los lampadarios perdían visiblemente su esplendor, la presión bajaba con rapidez inquietante.

En el primer momento hubo una tregua consoladora: la baja fué atribuída al gran número de aparatos puestos repentinamente en funciones. — No es extraño, se decía, que a la alza imprevista del consumo corresponda una disminución de la potencia iluminante del gas. Esta explicación era admisible, porque sabido es que en los gasómetros no hay nunca reserva, y bastaría para agotarlos algunas horas de consumo sin renovar la producción del gas.

Pero la luz continuó bajando progresivamente. Pronto alumbró menos que una lamparilla nocturna... ¡Luego nada!... ¡Lo negro!... ¡Las tinieblas!...

El gobierno, no obstante, había tomado bien todas sus medidas.

¿Qué había pasado en las fábricas de gas y en las de electricidad?

En los sectores eléctricos, los obreros de la tanda diaria, cumplidas sus horas reglamentarias, se retiraron sin esperar la llegada de los de la tanda nocturna. Estos, por su parte, tan puntuales ordinariamente, no se presentaron.

Las consideraciones, las promesas y las amenazas de los jefes dirigidas a los obreros salientes quedaron sin efecto. Todo fué en vano. Nada les hizo desistir de su determinación.

Cuando salieron los obreros se pensó en utilizar los soldados de ingenieros. Con la precipitación hubo torpezas, contraórdenes y enredos; y para colmo, antes que los soldados se presentaran en sus puestos, aun no designados, se apagaron los fuegos de las calderas, y muchas máquinas, por falta de vapor, pararon.

El trastorno fué acentuándose y pronto se hizo general. Las órdenes contradictorias y las falsas maniobras aumentaron la perturbación, y en poco tiempo se inutilizaron accidentalmente varios dinamos.

La confusión aumentó hasta lo sumo cuando se descubrió que intervenía la malicia: se halló polvo de esmeril en los cojinetes, y ácido sulfúrico en algunas grasas, lo que provocaba su incendio al cabo de poco tiempo; algunos cuadros de distribución habían sido puestos en circuito menor...

Se descubrieron muchas otras operaciones de sabotaje, que demostraban que había el intento de paralizar las máquinas, lo que se había logrado al fin...

¿Quiénes eran los responsables? Era indu-

dable que aquellos desperfectos tan precisos, que producían la paralización de las fábricas, eran obra de los electricistas. Sin embargo, observando la fisonomía de algunos soldados, diríase que se notaban los signos de una satisfacción interior... ¿Habría saboteadores entre aquellos soldados tan mimados y en quienes el gobierno había puesto su confianza? ¿Los habría que se habían dejado contaminar por la propaganda antimilitarista? Era posible, porque al fin no hay ordenanza tan severa ni disciplina tan rígida que no puedan ser burladas por un hombre enérgico y recto inspirado por un digno sentimiento de rebeldía.

El resultado fué que llegó a ser imposible el funcionamiento de las fábricas de electricidad. No pudiendo continuar adelante en aquellas condiciones se decidió paralizar las máquinas.

A pesar de todo, aun quedaba una esperanza. Ya hacía tiempo que, en previsión de una cesación de trabajo en cualquiera de las fábricas parisienses, habían sido unidas todas a una fábrica principal situada en las afueras. En esta, el personal, cuidadosamente reclutado, ofrecía todas las garantías de seguridad, y estaba organizado militarmente. No había allí sindicatos, o, si acaso, en tan corto número, que eran cantidad no apreciable...

Esta fábrica de electricidad tenía medios suficientes para suministrar la casi totalidad de la corriente necesaria para el consumo de París. Bastaba para ello una aiobra algunos disyuntores, y la fuerza eléctrica afluría nuevamente a las canalizaciones.

A esa maniobra decidieron recurrir las fábricas desamparadas de la periferia y del centro, después de haber comprobado su impotencia...; pero esta operación resultó tan ineficaz como las precedentes: la corriente no circuló.

Pronto se hizo patente la explicación: un accidente, comparable a la ruptura de un aneurisma en el cuerpo humano, inmovilizó la enorme y extensa fábrica. Un trueno sordo y terrible conmovió el suelo... y pudo verse que en una galería subterránea había sido destruída toda la canalización. Los cables, por gruesos y sólidos que fueran, habían sido retorcidos, rotos, despedazados, y tan alto grado de calor se había producido, que algunos tenían señales de fusión. No había duda: la destrucción había sido producida por un violento explosivo. He ahí por qué no pudieron pasar los torrentes de electricidad que aquella fábrica hubiera podido producir.

También en las fábricas de gas, a pesar de todas las previsiones, se asoció a la huelga el personal. El movimiento fué facilitado por la

escasa vigilancia que se ejercía sobre unos trabajadores que se consideraban mansos y tranquilos.

Los fogoneros engranaron allí la huelga. Estos obreros, lo mismo que en los sectores eléctricos, formaban entre los gasistas grupo aparte. Entre ellos había hombres de temperamento enérgico, que se indignaron al ver la indolencia de aquellos compañeros, y, habiéndose dedicado a convencer a los indecisos, lograron buen éxito en su empeño.

A la hora convenida, los fogoneros abandonaron los fuegos, y, recorriendo los talleres, dieron la señal de la suspensión del trabajo, resultando contagiosa aquella sugestiva audacia.

Por su parte, los gasistas, no contentos con dejar de producir, tomaron sus precauciones para que, en el caso de ser substituídos por amarillos o soldados, no pudiera hacerse gas. Al efecto, conociendo los puntos vulnerables de las canalizaciones, las abrieron o las rompieron... Y de las fábricas se elevó la pestilencia del hidrógeno que brotaba a raudales por aquellos enormes escapes.

Directores y capataces intentaron en vano impedir o atenuar el desastre; ya era tarde: los obreros gasistas, tanto tiempo desviados, acababan de hallar una compensación vengadora.

dora, y, coléricos por haber vivido tanto tiempo en engañadora somnolencia, tenían la mano pesada... Nada dejaron en estado de funcionar sin importantes y largas reparaciones.

La obscuridad se extendió sobre París. La gran ciudad quedó sumida en un espantoso abismo de negrura absoluta.

En precedentes huelgas sólo había faltado la luz eléctrica, y sólo produjo disminución de alumbrado, no extinción total. Sin embargo, la emoción fué grandísima.

Calles, plazas y bulevares continuaron alumbrados por el gas, que también conservaban muchos comerciantes, y en realidad sólo se produjo un retroceso al alumbrado de un cuarto de siglo atrás; en ningún modo la tenebrosa obscuridad.

Esta vez fué simultánea la falta del gas y de la electricidad, y por tanto no hubo semitinieblas sino tinieblas en toda la tremenda significación de la palabra, agravadas aún por la brusca extinción de la luz y por la impotencia de las fuerzas autoritarias para recobrarla. El terror fué indecible; la nervosidad de la población, sometida a tan ruda prueba, llegó al paroxismo. Las gentes, espantadas, locas, andaban a tientas, desorientadas, sin saber qué hacer ni dónde dirigirse. La

ciudad Luz, se había convertido en la imagen del caos.

En la intensa negrura que envolvía la ciudad veíanse aquí o allá algunos puntos luminosos. Era el brillo de algunos establecimientos que por sí mismos se fabricaban la luz — electricidad o acetileno —, y no habían sido afectados por la huelga.

Entre tanto, las pulsaciones de la gran ciudad se iban retrasando, disminuían visiblemente; diríase que las tinieblas que la invadían presagiaban su muerte. Los teatros y todos los establecimientos públicos se desocuparon en un rumor de conversaciones y entre gritos de angustia, manifestaciones del pánico dominante.

La huelga que acababa de estallar entraba en una nueva esfera, presentaba otras repercusiones: la falta de luz se doblaba con la privación de fuerza. Gran número de motores impulsados por el gas o la electricidad quedaban paralizados, obligando al paro del trabajo a gran número de talleres.

Además la obscuridad facilitaría la acción ulterior de los huelga-generalistas, que quedaban más libres en su acción, menos al alcance de las fuerzas gubernamentales, con un poder y un prestigio que aumentaba en proporción del descrédito en que, por efecto de la huelga

de la luz, se hundía el poder de los gobernantes.

Aquella fase de la lucha, por la repercusión que tuvo en las otras corporaciones, constituyó un grave fracaso gubernamental; unida a la huelga de ferroviarios y dependientes de correos, empezó a ser considerada como señal de triunfo.

## CAPITULO V

### Los funerales de las víctimas

Las exequias de los que murieron en el curso de la manifestación del domingo se fijaron para el miércoles. Con el asentimiento de las familias, sus cadáveres permanecieron en la Casa de las Federaciones.

El gobierno no se opuso. Tomó importantes medidas de precaución: amontonó fuerzas considerables sobre todo el itinerario que había de seguir el cortejo fúnebre, pero cuidando de disimularlas en las calles adyacentes o en los edificios públicos inmediatos. Era además optimista: suponía que la huelga alcanzaría su punto culminante en la ceremonia funeral, y decaería después...

La jornada comenzó en una atmósfera de duelo. No apareció un solo periódico, y las corporaciones rezagadas o vacilantes se unieron a la huelga general. Entre otras, carteros y telegrafistas suspendieron el trabajo; los teléfonos